

# LLEVANDO A BOURDIEU A LOS MÁRGENES URBANOS

Taking Bourdieu to the (Shanty) Town

JAVIER AUYERO\*

TRADUCCIÓN: GUILLERMO BRINCK\*\*

Fecha de recepción: 07 de diciembre de 2017 – Fecha de aprobación: 29 de marzo de 2018

## Resumen

Este artículo examina la forma en que experimentan el tiempo los residentes de una barriada altamente contaminada en el Buenos Aires contemporáneo. Inspirándome en la perspectiva de Bourdieu, considero al tiempo como un elemento constitutivo de la acción social y a la espera como una modalidad clave para experimentar los efectos del poder. De este modo, inspecciono los encuentros rutinarios entre los pobres y el Estado para revelar la textura temporal de la subordinación política en la periferia de la ciudad. Al ser forzados recurrentemente a acomodarse y ceder a las exigencias cronológicas y a los dictados prácticos del Estado, los pobres urbanos reciben cada día una lección sutil, y generalmente no explícita, sobre el funcionamiento de la dominación. Llevar a Bourdieu a los márgenes contaminados de una urbe latinoamericana nos permite ver que los marginados, además de envenenados, son constantemente obligados a esperar que todo venga de actores más poderosos, convirtiéndose en el opuesto de los ciudadanos: pacientes del Estado.

**Palabras claves:** sufrimiento ambiental; temporalidad; espera; marginalidad urbana

## Abstract

This paper examines the experience of time among residents of a highly polluted shantytown in contemporary Buenos Aires. Drawing on Bourdieu's understanding of time as constitutive of social action and waiting as a key modality of experiencing the effects of power, I inspect the routine encounters between the poor and the state to disclose the temporal texture of political subordination in the city's periphery. In recurrently being forced to accommodate and yield to the state's time requirements and practical dictates, the urban poor receive a subtle, and usually not explicit, daily lesson on the workings of domination. Taking Bourdieu to the contaminated urban margins of Latin America allows us to see that poisoned outcasts, in constantly being forced to wait for everything to come from more powerful players, become the opposite of citizens: patients of the state.

**Keywords:** environmental suffering; temporality; waiting; urban marginality

\* Dr. en Sociología. Profesor del Departamento de Sociología, Universidad de Texas en Austin, Austin, Estados Unidos. Director del Laboratorio de Etnografía Urbana. Correo-e: [auyero@austin.utexas.edu](mailto:auyero@austin.utexas.edu)

\*\* Dr. (c) en Antropología Social y Etnología. Académico Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago, Chile. Correo-e: [gbrinck@academia.cl](mailto:gbrinck@academia.cl)

### **Con el correr del tiempo**

En el año 2004, la “antropóloga nativa” Débora Swistun y yo empezamos a realizar trabajo en terreno sobre las experiencias de sufrimiento ambiental vividas por los residentes de la villa Inflamable, el lugar donde ella nació y se crió. Seis años más tarde, después de la publicación de *Inflamable: Estudio del sufrimiento ambiental*, nos volvimos a encontrar allí. A pesar de las promesas de compensación por daños a la salud y/o reubicación que hiciera el gobierno, nada había cambiado en esta comunidad altamente contaminada. Mientras escribo esto, la villa aún se encuentra adyacente al segundo complejo petroquímico más grande de Argentina, sus residentes aún están envenenados con plomo, y están amenazados por otros peligros ambientales derivados de una refinería de petróleo, una planta de procesamiento de carbón coque y otras actividades industriales altamente tóxicas. También están expuestos a otros eventos “naturales” como las inundaciones, al igual que muchos otros habitantes de barrios pobres de la zona metropolitana de Buenos Aires.

Los residentes de Inflamable experimentan cotidianamente embates tóxicos y muchos de ellos expresan regularmente su descontento con el ambiente contaminado. A menudo se enojan por los problemas de salud que genera la contaminación (“Mi hijo está lleno de granos en la piel”, “Tengo problemas para respirar... con ese olor que viene de las chimeneas”) y por la inacción de las autoridades estatales (“Ellos no se preocupan de nosotros... dicen que harán algo, pero no pasa nada”), pero, como sus contrapartes en Annawadi, la barriada retratada astutamente por Katherine Boo en *Behind the*

*Beautiful Forever*<sup>1</sup>, estas personas rara vez se enojan juntas. En lugar de protestas por el medio ambiente —del tipo que muchos estudios sociológicos nos han enseñado a esperar (Brown, 1991; Brown & Mikkelsen, 1990; Lerner 2010) —, lo que tenemos es inacción colectiva. Una razón para la falta generalizada de oposición se relaciona con una forma de experimentar los efectos del poder que Pierre Bourdieu identifica en sus magistrales *Meditaciones Pascalianas*: los residentes de Inflamable viven en un tiempo orientado y manipulado por actores poderosos. Viven en un tiempo alienado y están obligados, como Pierre Bourdieu lo ha dicho tan elocuentemente, a “esperar a que todo venga de los demás” (2000, p. 237). La dominación opera cuando se cede al poder de los demás, y se experimenta como un tiempo de espera; esperando —a veces con esperanza, otras veces con frustración— que otros tomen las decisiones, rindiéndose efectivamente a su autoridad. Llevar a Bourdieu a Inflamable nos permite ver que, en el proceso de esperar, los que viven envenenados en los márgenes llegan a ser lo opuesto de los ciudadanos: se convierten en pacientes del Estado.

Este breve ensayo sugiere que, dada la estrecha relación que existe entre el hábitat y el *habitus* (Bourdieu, 1977, 2000), es hora de poner los riesgos ambientales al centro y en el primer lugar de cualquier comprensión sociológica de la segregación urbana. También es urgente colocar la experiencia que los pobres tienen del tiempo (en particular, de la espera) en el centro de cualquier explicación científica social de la manera en que funciona la dominación en los márgenes urbanos<sup>2</sup>.

## La ausencia del medio ambiente

Por mucho tiempo, los investigadores que estudian la pobreza urbana en América Latina han ignorado lo que, de acuerdo con Karl Marx, podríamos llamar las “bases reales” de la historia de los pobres, guardando silencio sobre su medio ambiente degradado y peligroso, y la forma en que éste afecta no solo su salud presente y futura, sino también su sentido de identidad. Nótese, por ejemplo, la falta de atención prestada a los factores ambientales en las revisiones recientes del estado de la investigación sobre la pobreza en el subcontinente (Hoffman & Centeno 2003, González de la Rocha et al., 2004). A pesar de su larga tradición en el estudio del “racismo ambiental”, la sociología de la pobreza en los Estados Unidos presenta un silencio similar (véase, por ejemplo, la reciente revisión de Small y Newman (2001), que no menciona los peligros ambientales y sus efectos sobre la vida de las personas pobres). De esta manera, sorprendentemente, los estudios científico-sociales sobre la pobreza urbana y la marginalidad en las Américas han ignorado el simple hecho de que los pobres no respiran el mismo aire, beben la misma agua ni juegan en los mismos parques que el resto de la sociedad. Cualquier bosquejo sociológico de la marginalidad urbana y sus efectos sobre el sufrimiento instituido socialmente, cualquier comprensión global de “la

textura de la adversidad” (Newman & Massengill, 2006) y de las formas en que los habitantes desposeídos son simbólicamente degradados por su lugar de residencia (Bourdieu, 2018), debe prestar atención empírica sostenida y sistemática a los entornos peligrosos y miserables donde a menudo habitan los pobres urbanos. Junto con el ingreso, el empleo, la educación y las redes sociales, los análisis científico-sociales de las causas y manifestaciones de la privación urbana en las Américas deberían tener en cuenta la exposición implacable de los pobres a los riesgos ambientales. En un verdadero sentido bourdieuiano, incluso se podría agregar el “capital ambiental” a la lista de recursos distribuidos desigualmente que determinan las oportunidades de vida.

Así como la desigualdad (Massey, 1994), la marginación urbana es construida espacialmente, y ese espacio está en mayor o menor medida cargado de contaminación y riesgos. Esta organización espacial de la marginalidad impacta tanto en su funcionamiento como en la forma en que es experimentada por quienes la padecen. Dado que vivir en constante peligro y bajo incesante agresión tóxica deja a veces marcas indelebles en las mentes y los cuerpos de las personas pobres, la investigación urbana necesita urgentemente una geografía social del peligro y sufrimiento ambiental.

## Fotografías 1 y 2.



Al igual que los residentes de Cuartel Noveno en el área metropolitana de Buenos Aires (retratado en la Imagen 1), y los pobladores de Inflamable (retratados en la Imagen 2), los habitantes de muchos centros urbanos, favelas, villas, comunas, poblaciones o colonias (por mencionar algunos de los términos utilizados para describir los territorios donde se acumulan múltiples privaciones en las Américas), viven en entornos físicos miserables y riesgosos. Hacer el inventario de los efectos potencialmente mortales de la degradación ambiental es un paso necesario en la investigación sobre el tipo y la forma de la relegación urbana. Pero también es crucial tratar de comprender y explicar los significados (a veces confusos y contradictorios) que los residentes de estos territorios le atribuyen a dichas condiciones de degradación. ¿De qué manera las personas pobres le otorgan sentido al (y enfrentan el) peligro tóxico? ¿Cuándo y por qué no entienden (y no actúan ante) lo que objetivamente es un peligro claro y real? ¿Cómo y por qué se comparten percepciones (erróneas) dentro de una comunidad? Estas fueron las preguntas generales que me llevaron a la villa de emergencia Inflamable.

### ***Vida inflamable***

Se podría comenzar el relato de la experiencia de contaminación vivida por los residentes de Inflamable con las palabras de la escena de apertura de *El proceso* de Kafka. Alguien debe haber calumniado a los residentes, porque una mañana, sin haber hecho nada malo, se encuentran esperando. Al igual que Vladimir y Estragón en *Esperando a Godot*, no están esperando solos. En medio de la sopa tóxica donde viven, esperan juntos para ser reubi-

cados o desalojados; esperan los resultados de un nuevo examen de sangre u orina que les permita saber si están o no “contaminados”; y esperan que los tribunales se pronuncien sobre una demanda que les otorgaría una indemnización anticipada por daños a la salud. Al igual que en el caso de Joseph K, la espera se ve interrumpida por las promesas rutinariamente renovadas de los funcionarios y las referencias esporádicas de los abogados a la evolución del juicio. Sin embargo, a diferencia de Joseph K., este proceso también se intercala con entregas ocasionales de beneficios concretos, como nuevas viviendas para unos pocos residentes seleccionados. Estas recompensas demuestran a los vecinos no escogidos que su espera no es completamente “en vano”, lo que los atrapa aún más en el proceso de espera y en su propia dominación. Echemos un vistazo más de cerca sobre el modo en que la subordinación y la espera se encuentran y engranan.

Dos refinerías de petróleo vecinas, tres plantas que almacenan petróleo y sus derivados, y otras cuatro que fabrican o almacenan productos químicos, el suelo, el aire y los arroyos de Inflamable están altamente contaminados con plomo, cromo, benceno y otros productos químicos (Defensoría del Pueblo de La Nación Argentina, 2003). Un estudio epidemiológico realizado el año 2003 comparó una muestra de niños de 7 a 11 años que viven en Inflamable con una población de control que vive en otro barrio pobre con características socioeconómicas similares, pero niveles más bajos de exposición a actividades industriales (PAE, 2003). El estudio encontró que en ambos vecindarios los niños están expuestos a agentes cancerígenos conocidos como el cromo y el benceno, así como al tolueno. Pero

lo que distingue a los niños de Inflamable de los demás es el plomo. En Inflamable, el 50 por ciento de los niños evaluados tenían niveles de plomo en la sangre más altos de lo normal, en comparación con el 17 por ciento en la población de control. Descrito por el PNUMA/UNICEF como un “flagelo”, el plomo es una neurotoxina que entra fácilmente en el torrente sanguíneo y es absorbida por los huesos. Los niños son los más susceptibles a los efectos nocivos del envenenamiento por plomo. “La exposición a niveles excesivos de plomo”, dice el informe PNUMA / UNICEF titulado “Envenenamiento por plomo infantil”, “es perjudicial para la salud y el desarrollo intelectual de millones de niños y adultos en casi todas las regiones del mundo” (1997, p.1). A niveles bajos, la intoxicación por plomo en niños causa: “reducción del coeficiente intelectual y de la capacidad de atención, problemas de lectura y aprendizaje, hiperactividad y problemas de conducta, retraso de crecimiento y deterioro del funcionamiento visual y motor, y pérdida de audición”. A niveles altos, causa “anemia, daño cerebral, hepático, renal, nervioso y estomacal, coma, convulsiones y muerte” (PNUMA-UNICEF 1997, p. 5).

Previsiblemente, el estudio epidemiológico encontró coeficientes intelectuales inferiores a la media y un mayor porcentaje de problemas neuroconductuales entre los niños de villa Inflamable. El estudio también encontró asociaciones estadísticas significativas entre dolores de cabeza frecuentes y síntomas neurológicos, problemas de aprendizaje e hiperactividad en la escuela. Los niños de Inflamable presentaron más problemas dermatológicos tales como irritación de los ojos, infecciones, erupciones y alergias cutáneas; más problemas respiratorios como tos y broncoespasmos; más

problemas neurológicos como hiperactividad; y más dolores de garganta y de cabeza.

En junio de 2004, junto a la antropóloga argentina Débora Swistun, que es residente de Inflamable, comenzamos la investigación en terreno que culminó en nuestro libro. Contrariamente a lo que gran parte de la literatura sobre comunidades contaminadas nos ha llevado a esperar, descubrimos que los afectados no tienen claridad acerca del alcance y los efectos de la contaminación. Con el humo blanco y negro que brota de las chimeneas circundantes, el ruido constante de alarmas y camiones pesados, los olores esporádicos de gas y otras sustancias penetrantes, y la basura y terrenos pantanosos circundantes, es difícil para cualquiera en Inflamable negar la situación. Como muchos vecinos nos dijeron, “hay algo aquí”. Repetidamente nos dijeron (y como nosotros mismos experimentamos): “A veces no podés estar afuera, el olor apesta, te duele la garganta, huele a gas. Incluso si cerramos la puerta, huele”. Y, sin embargo, cuando los residentes tienen que hablar sobre los detalles de la contaminación, cuando tienen que poner un nombre a las fuentes, la ubicación y el contenido de la contaminación, las cosas se tornan ambiguas. Abundan las dudas y los errores cuando los vecinos especulan en voz alta acerca de los efectos perjudiciales para la salud causados por la contaminación. Encontramos diferentes expresiones de lo que llamamos “incertidumbre tóxica”: a) Información errónea - como cuando los residentes suponen que la contaminación por plomo se concentra en la sección más pobre de la villa o cuando afirman que “el plomo es producido por la planta procesadora de carbón”; b) Desplazamiento de responsabilidad - como cuando los vecinos argumentan que la mala crianza de los hijos es

responsable de los altos niveles de contaminación por plomo; c) Negación - como cuando los residentes cuestionan los datos que muestran que la contaminación ambiental ha alcanzado niveles tóxicos o cuando usan sus propios cuerpos saludables para negar la contaminación grave; y d) Ceguera - como cuando los vecinos ignoran sus propias prácticas de creación de vertederos de basura que perpetúan el riesgo.

Los vecinos de la villa dicen que el petróleo contamina los cursos de agua, pero también lo consideran inofensivo. Muchos dicen que el problema real no es la refinería de petróleo, sino el almacenamiento cercano de sustancias químicas. Los residentes creen que la refinería de Shell es completamente segura (“es la planta más segura del mundo”); también piensan que es altamente contaminante (“Shell nos está matando”, “dan regalos para tapan la contaminación”). Del mismo modo, creen que la planta de procesamiento de carbón ubicada dentro del complejo es venenosa (“una fábrica de cáncer”, “de ahí viene todo el plomo”) o inocua (“porque nada se expulsa al aire”). Con el plomo, sin embargo, las discrepancias adquieren una forma diferente. Nadie niega que el plomo sea dañino, pero la mayoría de los residentes indican que está en otro lugar. No se encuentra en el vecindario, sino en la parte más pobre y más nueva de la villa (retratado en la imagen 2). No está almacenado en sus cuerpos (o en los de sus hijos), sino en los de los vecinos más desfavorecidos cuyos niños “juegan descalzos”, “no se lavan las manos” y “se bañan en aguas sucias”. Según este modo de razonar, más que el medio ambiente en sí, las responsables de exponer a los niños al plomo son las madres permisivas. Como nos dijo Susana, quién ha vivido en el vecindario durante 10 años: “Es

culpa de sus mamás. Ellas permiten que esos niños jueguen en la basura; no los bañan... es por eso que se contaminan”.

La contaminación tóxica es “inherentemente incierta” (Edelstein, 2003): las exposiciones anteriores del cuerpo, la relación dosis-respuesta, los efectos sinérgicos y la ambigüedad etiológica contribuyen al problema de la ambigüedad tanto en toxicología como en epidemiología (Brown, Kroll-Smith & Gunter, 2000). En Inflamable, la incertidumbre tóxica también se debe al largo período de incubación de la contaminación, en el que ningún desastre importante interrumpió las rutinas diarias de los residentes, y de lo que Bourdieu (1977) llamaría adaptación “dóxica” a un lugar de residencia. Se amplifica por un trabajo de confusión realizado, no necesariamente de manera intencional, por una serie de actores interconectados, a saber, funcionarios del Estado, compañías que operan en Inflamable, médicos, medios de comunicación y profesionales del derecho, un verdadero ejercicio de lo que Bourdieu (1991) llama poder simbólico. Los funcionarios del estado exigen exámenes de sangre para luego suspenderlos sin previo aviso, así como rutinariamente plantean el problema de la reubicación y luego (con mucha frecuencia) la suspenden. Las compañías petroquímicas proporcionan fondos para el centro de salud local, afirman (a través de portavoces autoritarios) que el área no es apta para la residencia humana y, con igual énfasis, que las propias conductas de los pobladores son responsables de su envenenamiento (“fuman dentro de sus casas, no se lavan las manos”, como nos dijo un ingeniero de Shell). Los médicos del centro de salud local niegan la existencia de enfermedades relacionadas con la contaminación (“aquí encontrarás lo mismo que

en cualquier otro lugar donde viven los pobres”, nos dijeron repetidamente) pero admiten que “aquí hay algo extraño” y “dígales a las madres de niños envenenados con plomo que, si quieren curar a sus seres queridos, tienen que abandonar el vecindario para siempre”. Reporteros de los medios de comunicación llegan al vecindario esporádicamente, se concentran en los aspectos más extremos de la vida y luego transmiten las noticias en el lenguaje autoritario del periodismo (con la ayuda de expertos ocasionales), enfatizando lo inimaginable que es la vida en este “infierno” (como dice el título de uno de esos informes). Finalmente, los abogados acuden con frecuencia al vecindario en busca de clientes potenciales, aumentan las expectativas de los residentes vulnerables que tienen “todo de su lado” porque “hay mierda en el agua” y los alientan a esperar una “buena recompensa” que puede llegar a los miles de dólares.

### ***Esperando a su Godot***

Durante los primeros meses de trabajo en terreno (junio-julio de 2004), los residentes nos dijeron que su reubicación era inminente. “Para principios de 2005, nadie vivirá aquí”, escuchamos en repetidas ocasiones. Como prueba de la pronta reubicación, los residentes señalaban un censo que los funcionarios municipales estaban llevando a cabo con el fin de establecer el número exacto de familias que viven en el vecindario. Como destacamos en el libro, la reubicación o el desalojo era una especie de “espada de Damocles” que siempre colgaba sobre la cabeza de los residentes. En otras palabras, la amenaza del traslado era una característica definitoria de sus vidas.

En diciembre de 2009 con la versión en español del libro ya publicada, volvimos al vecindario y encontramos que agentes municipales habían realizado otro censo recientemente. La espada del desalojo o la reubicación seguía colgando. El gobierno una vez más estaba creando expectativas entre los vecinos y la asociación de mejoramiento local una vez más convocaba reuniones con los vecinos para discutir la posibilidad planteada por los funcionarios estatales.

Los veteranos, sin embargo, estaban escépticos. Se quejaron de que “nadie viene, nadie nos informa nada, y seguimos escuchando la misma vieja historia”. “No creo lo que el gobierno está diciendo. Si fuera cierto, vendrían al barrio y nos darían la información”:

He vivido aquí durante 28 años, y desde el principio han estado diciendo que nos iban a trasladar. No lo creo... (Mario).

Han pasado 30 años desde que me mudé aquí, y siempre nos dijeron que teníamos que mudarnos. Pero nunca propusieron nada específico (Carlos).

Los funcionarios vienen, hacen preguntas, pero nunca pasa nada (Celina).

Las primeras personas que entrevistamos mientras realizamos la investigación para nuestro libro fueron Eugenio, Isabel y Marga. Ellos eran los líderes de la asociación de mejoramiento del vecindario (SOFOMECA) y mostraron gran interés en nuestro estudio. El día que los conocimos, Isabel y Marga regresaban de presentar una petición a la oficina de bienestar del municipio local. “Los funcionarios municipales están haciendo un censo”, nos dijeron, “con el fin de reubicar a las personas, debido a la contaminación... pero algunos

vecinos dicen que no es por la contaminación sino porque una de las empresas del complejo necesita expandir sus operaciones y compraron toda esta tierra”. Como analizamos en nuestro libro, los rumores sobre lo que esta o aquella compañía estaba a punto de hacer se multiplicaron. Isabel y Marga anticiparon lo que repetidamente oíríamos de muchos, si no de la mayoría de los residentes. En medio de los rumores sobre la reubicación o el desalojo, los vecinos estaban esperando que sucediera algo.

Han estado hablando de la reubicación desde que yo era una niña”, nos dijo Marga. “Este es un tema que ha estado dando vueltas por mucho tiempo, pero nunca se ha convertido en realidad [...] Creo que la reubicación sigue verde (ref. a “no desarrollada o madura”). ¿Pero quién sabe? Tal vez algún día, de repente, vengan y nos digan que tenemos que irnos. Pero nadie sabe qué va a pasar, porque nadie nos informa (Marga).

Todos los vecinos con los que hablamos transmitieron una sensación similar de incertidumbre e impotencia, y un sentimiento comparado de que el futuro no estaba en sus manos. Este sentimiento quizás fue mejor expresado por García, otro vecino antiguo, cuando dijo: “Ahora tenemos que esperar hasta que Shell u otra persona, tal vez el gobierno municipal, nos expulse de aquí... Desde 1982 ha habido rumores de que seremos desalojados”.

En ese momento, Eugenio, Marga e Isabel también estaban esperando la decisión de los tribunales en una demanda contra Central Dock Sud. Exigían \$350.000 en moneda argentina (equivalente a US \$113.000) en compensación por los daños causados por la instalación de una línea de cable de alta tensión que pasa por sobre sus casas. “Han transcurrido tres años desde que comenzamos con esto...” nos dijo

Marga, y continuó indicando que no sabe “qué resultados ha tenido la demanda porque nadie me ha llamado todavía, nadie me ha llamado... Han pasado muchos años. Ellos (los abogados) dijeron que nos avisarían cuando tuvieran noticias. La demanda lleva mucho tiempo, muchos años”. Teresa, otra residente, estuvo de acuerdo con ella, y en una serie de largas conversaciones señaló:

Sí, somos parte de una demanda (contra Central Dock Sud) pero realmente no sabemos nada. Han pasado 3 años y no sabemos nada. La abogada apareció al principio. Ella nos dijo que volvería a informarnos, pero nunca regresó... La llamamos varias veces y nunca está en la oficina. Dejamos mensajes, pero ella nunca nos devolvió la llamada ... [La demanda por indemnización] es bastante difícil, pero uno necesita confiar en algo. No sé cuánto pidió la abogada; ella hace todo, pero no nos informa. No sabemos nada.

Finalmente, García, residente del lugar desde hace muchos años, expresó tanto su optimismo como su cinismo:

La demanda comenzará a avanzar este año... empezamos con ella hace 3 ó 4 años. Vino una abogada de la compañía, pero no llegamos a un acuerdo. Firmamos algunos papeles y ella se fue. Lleva mucho tiempo... Tengo una demanda pendiente por mi pensión, y han pasado 10 años y todavía no he visto nada.

### ***Aún está esperando, después de todos estos años***

Sería muy difícil dar sentido a la constante espera de los pobres si no fuera por el hecho de que, para algunos, esperar “vale la pena”. En Inflamable, la espera tediosa se ve interrumpida por promesas e iniciativas impre-



vistas, como visitas de abogados o el nuevo censo que se estaba llevando a cabo la última vez que visitamos el vecindario; y también por hazañas concretas, como la reubicación ocasional de un pequeño grupo de residentes. Estos eventos demuestran a los vecinos que “algo está sucediendo” y que su espera no es totalmente inútil.

Durante nuestra última visita al vecindario en diciembre de 2009, Isabel nos dijo que los funcionarios municipales estaban realizando otro censo.

Los trabajadores del censo preguntaban sobre el número de personas que vivían en cada hogar y el número de habitaciones. También nos preguntaron qué queríamos para el nuevo vecindario. ¿Queremos un centro de salud? ¿Un colegio? Yo digo: no me estoy mudando a un complejo de viviendas. Los edificios nuevos donde trasladaron recientemente a 25 familias del vecindario parecen jaulas de pájaros (Isabel).

Isabel y Eugenio nos dijeron que en octubre de 2009 tuvieron una reunión con el alcalde y él les dijo que “toda la gente de aquí va a ser reubicada. Y que los propietarios van a ser expropiados... pero en realidad no saben nada. ¡Nadie vino a informarnos!»

Esta vez Eugenio e Isabel estaban acompañados por Elsa, la madre de mi coautora Débora Swistun. Como relatamos en nuestro libro, un día durante el almuerzo ella se representó irónicamente en un futuro lejano como una anciana sin dientes con un bastón, con la voz temblorosa, diciendo felizmente “¡estamos a punto de ser reubicados!” (Auyero & Swistun 2009, Capítulo 4). Elsa y Eugenio coincidieron en que por cada familia que el gobierno está relocalizando, se están mudando nuevas familias a la villa. “Esto es una locura”, coinciden, “¡jeste no

es un lugar para que viva un ser humano!” Y Eugenio agrega: “Yo no creo que nadie vaya a ser reubicado... Esto es todo un juego. Lanzan la pelota hacia adelante y no hacen nada”. En cuanto a la demanda, Eugenio e Isabel tenían menos esperanzas que cuando nos conocimos: “El abogado vino el año pasado y nos dijo que tengamos paciencia”.

En otra conversación, Elsa me dijo que los trabajadores del censo habían planteado “la posibilidad de reubicación, pero hay tantas versiones, tantas versiones... Realmente no lo sé”. Le pregunté si conocía personalmente a alguien que se haya mudado recientemente del vecindario. Su respuesta resume lo que después de todos estos años de espera puede ser en su opinión la política típica hacia el sufrimiento tóxico: “Las únicas personas que conozco que se fueron son los que subieron al cielo... los que se murieron”.

Una última historia, la de Mariana, ilustra bien la interrupción fortuita del proceso de espera. Lejos de un relato aislado e idiosincrático, Mariana retrata “un universo social dominado por un poder absoluto e impredecible, capaz de inducir una ansiedad extrema al condenar a su víctima a una inversión significativa asociada a una gran inseguridad” (Bourdieu 2000, p. 229). También condensa la percepción que los pobladores comparten respecto de su espera como algo que tiene conexiones íntimas con el mundo político, el cual está ubicado muy lejos y donde no tienen voz. En su relato, vemos el poder en acción a través del aplazamiento constante y la creación frecuente de falsas esperanzas. Estos elementos caracterizan el ritmo de la vida colectiva en el barrio, convirtiéndolo en un sitio de espera ansiosa e impotente. Por último, pero no menos impor-

tante, la historia de Mariana también muestra que el mundo social descrito en *El Proceso* de Kafka “podría ser simplemente el caso límite de varios estados corrientes del mundo social común o de situaciones particulares dentro de este mundo” (Bourdieu, 2000, p. 229).

[Después del estudio epidemiológico que identificó un grupo envenenado con plomo] Ellos (el gobierno) dijeron que iba a haber un tratamiento para los niños”, dice Mariana, cuyo hijo sufre de asma crónica. “Dijeron que iba a haber un seguimiento... que iban a distribuir ayuda... No pasó nada [...] Hay muchos niños con plomo en la sangre y realmente no sabemos. En el futuro eso podría traerles problemas. Algunos niños podrían incluso morir [...] Los funcionarios nos utilizan... hacen promesas y nunca hacen nada... muchas veces han dicho que iba a haber un traslado, pero no pasó nada [...] Ahora estamos esperando que nos saquen... porque esta tierra ha sido vendida. La mayoría de la gente aquí va a ser desalojada, pero quién sabe, lo dijeron tantas veces... Tengo mis dudas, realmente no sé, porque un par de vecinos recibieron una carta de desalojo porque algunos de estos terrenos tienen un dueño. Pero yo no recibí nada. No hay registro de propiedad para este pedazo de tierra en particular donde vivimos. Aparentemente, nadie debería vivir aquí porque es una zona industrial, pero nadie viene a informarnos, nadie aparece. Escuché que 400 familias serán reubicadas [...] pero hay tantas familias aquí y hay una escuela, un jardín infantil, una iglesia, no será fácil para los políticos eliminarlos. Un vecino envió una nota a los políticos para que vinieran y se reunieran con nosotros, pero nadie se presentó [...] Los funcionarios nos dijeron que estaban demasiado ocupados, que vendrían más adelante, que programarían una cita... no pasó nada. Es un manoseo (torpe)... Nadie quiere venir, se lavan las manos... Estamos esperando para ver si ellos, los políticos, vienen y nos dan una respuesta...

### **Los pacientes del Estado**

Mientras estábamos dando los últimos retoques a nuestro libro *Inflamable*, me da cuenta de que incluso aunque la relación parti-

cular y un tanto extrema entre el tiempo, el comportamiento y la sumisión diseccionada allí es peculiar de esta villa tan contaminada, esta dinámica puede ser aplicable a muchas de las poblaciones subalternas. Esperar, escribe Pierre Bourdieu en *Meditaciones Pascalianas*, es una de las formas de experimentar los efectos del poder. “Hacer que la gente espere [...] postergar sin destruir la esperanza [...] aplazar sin ser totalmente decepcionante” son, según Bourdieu (2000, p. 227), partes integrantes del trabajo de dominación. Aunque los vínculos entre el poder y el tiempo se han examinado a fondo en las ciencias sociales, la espera (como región temporal y como actividad con relaciones intrincadas con la constitución y reproducción de la sumisión) permanece “apenas descrita y mal documentada” (Schweizer 2008, p. 1). Al escribir precisamente sobre esta ausencia, Pierre Bourdieu (2000, p. 228) ha afirmado que necesitamos “catalogar y analizar todos los comportamientos asociados con el ejercicio del poder sobre el tiempo de otras personas tanto del lado de los que ejercen el poder (aplazamiento, diferimiento, demora, crear falsas esperanzas o, por el contrario, apresurarse, tomar por sorpresa) y del lado del “paciente” como dicen en el universo médico, uno de los lugares por excelencia de la espera ansiosa e impotente”.

La escasa investigación sobre el tema muestra que los extensos períodos de espera “cansan a las personas” (Piven & Cloward 1971, p. 160) o actúan como obstáculos para acceder a determinados programas (Redko, Rapp & Carlson, 2006). Si el contacto frecuente con largas colas moldea las subjetividades de las personas (Comfort, 2008), ¿cómo es que, según Bourdieu (2000, p. 228), “la búsqueda

interesada de algo de manera duradera, es decir durante toda la duración de la expectativa” modifica el comportamiento de la persona que ‘pende’, como decimos, de la decisión esperada?”. Si las demoras no solo se sufren, sino que también se interpretan (Schwartz, 1975), ¿qué significado atribuyen a la espera quienes se ven obligados rutinariamente a aguardar? Y, si la espera hace que aquel que espera se sienta “dependiente y subordinado” (Schwartz, 1975, p. 856), ¿cómo produce la espera estos efectos subjetivos de dependencia y subordinación? En otras palabras, ¿cómo se convierte la espera objetiva en sumisión subjetiva? Estas son las preguntas generales que guiaron mi etnografía comparativa en diferentes sitios donde los pobres urbanos esperan las decisiones de los agentes del estado y que constituyen la base de mi reciente libro *Patients of the State* (Auyero, 2012).

Lejos de ser simplemente una práctica negativa, una combinación de palabras y hechos que meramente le dicen a los pobres que todavía no es su momento, hacer que los desposeídos esperen tiene algunos “posibles efectos positivos, aunque éstos parezcan marginales a primera vista” (Foucault, 1979, p. 23). Entre estos efectos positivos, el principal es la fabricación cotidiana de sujetos que saben, y actúan en consecuencia, que cuando al tratar con burocracias estatales tienen que cumplir pacientemente con los requisitos estatales aparentemente arbitrarios, ambiguos y siempre

cambiantes. Este es el lugar apropiado para recordar que la raíz latina de la palabra paciencia, “la cualidad de ser paciente en el sufrimiento”, según el Oxford English Dictionary, es *pati*- “sufrir, aguantar”. En las interacciones repetidas con el Estado, documentadas en mis propias observaciones etnográficas y entrevistas, pero también en muchos otros informes científicos y periodísticos sobre la vida de la gente pobre (ver, por ejemplo, Boo 2012, Comfort 2008), los pobres aprenden que deben permanecer temporalmente abandonados, desatendidos o postergados.

Llevar a Bourdieu al barrio pobre y contaminado nos permite apreciar mejor los elementos cotidianos de la subordinación política en los frecuentes encuentros entre los pobres urbanos y el Estado. Al verse obligados a acomodarse y someterse a los dictados del Estado, los pobres urbanos reciben cada día una lección sutil y generalmente no explícita sobre el funcionamiento y los efectos del poder. Interpretado bajo esta luz, la espera deja de ser un “tiempo muerto” y hacer esperar a los pobres se convierte en algo más que una simple acción “represiva”. La experiencia subjetiva de esperar y la práctica regular de hacer que los desposeídos esperen se convierten en fenómenos productivos. Mientras esperan a su Godot (un Godot que presumiblemente pondrá fin a sus vidas precarias y expuestas), los residentes de los territorios de relegación urbana se convierten en pacientes del Estado.

## Notas

<sup>1</sup> Existe edición castellana: Boo, K. (2012) *Un maravilloso porvenir: Vida, muerte y esperanza en los suburbios de Bombay*. Ed. Aguilar, Madrid.

<sup>2</sup> Algunas partes de este ensayo han sido adaptadas de *Flammable* (Oxford University Press, 2009) y de *Patients of the State* (Duke University Press, 2012). Existe edición castellana para ambas

publicaciones. Auyero, J. & Débora A. Swistun. (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Paidós: Buenos Aires; Auyero, J. (2013). *Pacientes del Estado*. Eudeba: Buenos Aires. El presente trabajo es parte de una investigación sobre sufrimiento ambiental llevada a cabo entre los años 2004 y 2010.

## Referencias bibliográficas

**Auyero, J.** (2012). *Patients of the state*. USA: Duke University Press.

\_\_\_\_\_. (2013). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_. (2013) *Pacientes del Estado*. Buenos Aires: Eudeba.

**Auyero, J. & Swistun, D.** (2009). *Flammable. Environmental suffering in an Argentine shantytown*. New York: Oxford University Press.

**Boo, K.** (2012). *Behind the beautiful forevers*. New York: Random House.

**Bourdieu, P.** (1977). *Outline of the theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_. (1991). *Language and symbolic power*. USA: Harvard University Press.

\_\_\_\_\_. (2000). *Pascalian meditations*. USA: Stanford University Press.

\_\_\_\_\_. (2018). Social Space and the Genesis of Appropriated Physical Space. *International Journal of Urban and Regional Research*, 42, 106-114.

**Brown, P.** (1991). The Popular epidemiology approach to toxic waste contamination. En Couch, S. & Kroll-Smith, J. (eds.) *Communities at risk: Collective responses to technological hazards*. New York: Peter Lang.

**Brown, P. & Mikkelsen, E.** (1990). *No safe place. Toxic waste, leukemia, and community action*. Berkeley: University of California Press.

**Brown, P., Kroll-Smith, S. & Gunter, V.** (2000). Knowledge, citizens, and organizations. An overview of environments, diseases, and social conflict. En Kroll-Smith, S., Brown, P. & Gunter, V. (editors) *Illness and the environment: A reader in contested medicine*. New York: New York University Press.

**Comfort, M.** (2008) *Doing time together*. Chicago: University of Chicago Press.

**Defensoría del Pueblo de la Nación Argentina** (2003). *Informe Especial sobre la Cuenca Matanza- Riachuelo*. Buenos Aires: Defensoría del Pueblo de la Nación Argentina.

**Edelstein, M.** (2003). *Contaminated communities*. USA: Westview Press.

**Foucault, M.** (1979). *Discipline and punish*. New York: Vintage.

González de la Rocha, M., et al. (2004). From the marginality of the 1960s to the 'new poverty' of today: A LARR research forum. *Latin American Research Review*, 39 (1), 184–203.

**Hoffman, K., & Centeno, M.** (2003). The lopsided continent: Inequality in Latin America. *Annual Review of Sociology*, 29, 363–90.

**Kafka, F.** (1998 [1946]). *The trial*. New York: Schocken Books.

Lerner, S. (2010). *Sacrifice Zones*. USA: The MIT Press.

**Massey, D.** (1994). *Space, place, and gender*. USA: University of Minnesota Press.

**Newman, K. & Massengill, R.** (2006). The texture of hardship: Qualitative sociology of poverty, 1995- 2005. *Annual Review of Sociology*, 32, 423-446.

**Plan de Acción Estratégico para la Gestión Ambiental Sustentable de un Área Urbano-Industrial a Escala Completa (PAE)**. (2003). Informe Final. JMB Ingeniería Ambiental.

**Piven, F. & Cloward, R.** (1971). *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare*. New York: Vintage.

**Redko, C., Rapp, R. & Carlson, R.** (2006). Waiting time as a barrier to treatment entry: Perceptions of substance abusers. *Journal of Drug Issues*, 22, 831-852.

**Schwartz, B.** (1975). *Queuing and waiting. Studies in the social organization of access and delay*. USA: The University of Chicago Press.

**Schweizer, H.** (2008). *On waiting*. London: Routledge.

**Small, M. & Newman, K.** (2001). Urban poverty after The Truly Disadvantaged: The rediscovery of the family, the neighborhood, and culture. *Annual Review of Sociology*, 27, 23-45.

**United Nations Environment Programme (UNEP)/United Nations Children's Fund (UNICEF)**. (1997). *Childhood Poisoning. Information for Advocacy and Action*. New York: UNEP-UNICEF.